

CARTA DE ADVIENTO-NAVIDAD 2009

“De generación en generación”

Pensar más en las generaciones venideras es un criterio que ha adquirido en las últimas décadas el rango de “máxima” de la acción moral. Tal vez haya sido el daño ecológico del planeta lo que principalmente ha conducido a que se incluya este principio en el discernimiento sobre el adecuado comportamiento humano. Incluso se habla de los “derechos de las generaciones futuras” (derechos generacionales). Las generaciones venideras aparecen como un nuevo sujeto moral al que hay que prestar atención. Aunque no se perciba su existencia todavía, ya se espera que vengan a la tierra. Es evidente que esta nueva conciencia está cambiando nuestra forma de vida, y es de esperar que aún la cambie mucho más en las próximas décadas. Así será si nos tomamos en serio, con todas sus consecuencias prácticas en lo cotidiano, la prevención del deterioro ecológico, la racionalización del consumo, la utilización de energías renovables, un desarrollo sostenible para todos, etc... Además de estas obligaciones medioambientales, existen otras obligaciones sociales para dejar en herencia una sociedad de igualdad en derechos y oportunidades, libre de violencias y discriminaciones, y consolidada en sus instituciones democráticas. Todo ello debido a la **mayor conciencia de nuestra responsabilidad con las próximas generaciones**.

En este sentido, buscar el bien de las generaciones futuras no es sólo un criterio para la acción ecológica sobre el planeta. También lo es a la hora de impulsar un sistema económico justo, que garantice el bienestar social y la solidaridad con las regiones más empobrecidas, y una organización socio-política que asegure los derechos de todos, sobre todo el derecho a la vida, y a una vida digna. Es decir, todas las decisiones humanas tendrían que pasar ante el tribunal que certifique su contribución al bien integral de las generaciones futuras. Así lo recoge *Caritas in Veritate* n° 48: “los proyectos para un desarrollo humano integral no pueden ignorar a las generaciones sucesivas, sino que han de caracterizarse por la solidaridad y la justicia intergeneracional, teniendo en cuenta múltiples aspectos, como el ecológico, el jurídico, el económico, el político y el cultural”.

Se trata de un criterio de actuación que ensancha el horizonte de los intereses individuales y locales, para ir más allá y ser capaces de tener en cuenta una perspectiva amplia que alcanza a otros lugares y otros tiempos. “Ensanchar el horizonte” está relacionado con la llamada a “**ensanchar la razón**”, es decir, a “ampliar –en expresión de Benedicto XVI- nuestro concepto de razón y de su uso” en la perspectiva de la “**civilización del amor**”. La razón debe ensancharse también en el tiempo, tomando como criterio de actuación el bien de las generaciones venideras. Es nuestra responsabilidad y nuestra obligación dejar la vida social, política, económica, cultural, religiosa... a la siguiente generación, en las mejores condiciones posibles, para que pueda recibirla como el gran don que es, y pueda desarrollarlo y acrecentarlo.

El concepto de *"generación"* expresa la importancia de nuestra pertenencia a un grupo y de los vínculos que nos entrelazan con los demás, al tiempo que subraya la identidad cultural comunitaria y la precedencia de lo colectivo y de la identidad recibida. Como decía José Ortega y Gasset, cada generación incluye a las anteriores, aunque a veces parezca que una generación se forma en reacción a la anterior, pero en realidad tiene mucho más de ella que lo que cree que tiene de contrario a ella. Somos un cierto **resumen de las generaciones anteriores**. Las generaciones no son una mera sucesión horizontal en el tiempo, sino que, más bien, nos parecemos a los acróbatas que forman las "torres humanas": una generación se alza sobre la anterior y, al mismo tiempo, es su prisionera. Por tanto, la expresión *"de generación en generación"* nos recuerda algo más que el hecho elemental de que unos mueren y otros nacen, que las vidas se suceden. Nos habla de una solidaridad con nuestros coetáneos y de cómo la vida está entretejida de unos lazos con las vidas anteriores a nosotros y con otras **posteriores**. La vida humana está encajada en un proceso amplio, entre una generación anterior y otra posterior, y formando parte con otros de un conjunto. Sin embargo, mientras que siempre se ha sido consciente de lo que se debe a los anteriores –*"las generaciones de nuestros mayores"*– es recientemente cuando hemos alcanzado una conciencia más clara y explícita de nuestros deberes para con las generaciones venideras y los lazos de responsabilidad que nos unen a ellas.

También este principio debe impregnar nuestra **vida dominicana**, a nivel de cada comunidad y de toda la provincia en su conjunto. ¿Cómo dejamos las cosas a la siguiente generación de frailes? Hace algún tiempo comentaba un prior que la única razón que tenía para acometer obras importantes en el convento era pensar en facilitar las cosas a los frailes que venían detrás: ¡pensar en que podía dejarles algún problema algo más resuelto, y que no se encontrarán con más inconvenientes de los que ya iban a tener! Curiosamente, el último capítulo provincial, al hablar de los criterios para orientar nuestra economía, señala "la responsabilidad con el futuro" (*Actas Caleruega 2009, n° 268*). No obstante, éste es un criterio que alcanza a más ámbitos que a las reparaciones del edificio y a la organización económica. Su calado llega a toda la vida común y a la misión. ¿No deberíamos preocuparnos por la calidad de la vida común fraterna que ofrecemos a quien se une a nosotros y el ambiente comunitario que dejamos a nuestro paso? ¿No debería interesarnos más, pensando en abrir caminos de futuro, la actualización creativa del carisma dominicano en nuestro momento? Lo más importante no será lo que hemos logrado "mantener" tal y como lo hemos recibido, sino los caminos que podamos dejar abiertos para emprender nuevas tareas evangelizadoras. Estamos ante el gran desafío de pensar más en las generaciones venideras a la hora de elaborar nuestros planes y tomar decisiones, lo que incluye, evidentemente, saber escuchar, dialogar e interactuar con la generación de frailes más jóvenes que ya forman parte de nuestra comunidad provincial. En definitiva, la responsabilidad con las generaciones siguientes es un criterio de razón práctica que debe orientar la acción y que nos urge a tomar las decisiones pertinentes a tiempo, alcanzando a toda la vida común y a las tareas pastorales.

Al venir a la Orden entramos a formar parte de una **rica tradición** que es el resultado del esfuerzo y la aportación de muchas generaciones anteriores.

Recibimos el don de una **identidad** que se va formando, evidentemente, en interacción con el mundo vital en el que nos desenvolvemos. No recibimos esta identidad en pura pasividad, sino que nos vamos formando como dominicos en diálogo con las generaciones anteriores de frailes, quienes nos legan una tradición que cada uno debe encarnar en su tiempo y lugar. Pero no vale sólo con la interacción con el pasado y la encarnación en el presente. Necesitamos, además, la proyección al futuro y tender puentes a las generaciones siguientes. Los **puentes intergeneracionales** son un modo de ejercer la responsabilidad con la tradición dominicana recibida y de contribuir a que nuestra identidad y misión sean más fecundas.

No hay identidad dominicana al margen de una tradición en continuo proceso de sucesión generacional. Por ello, las cosas no empiezan y acaban en nosotros mismos, ni somos propietarios de las comunidades o de las tareas e instituciones apostólicas. Nos basta con tener **el usufructo y la responsabilidad**, que debe llegar hasta pensar en cómo dejarlo en las mejores condiciones posibles a la siguiente generación. Nuestro voto de pobreza evangélica debería ayudarnos a liberarnos de una mirada posesiva y propietaria de los bienes y de la naturaleza, en favor de otra mirada gratuita, que sepa disfrutar y gozar de lo que se nos ha dado, y asuma la responsabilidad de regalarlo, con un corazón libre y generoso, a quien nos sucede.

"¿Con quién compararé a esta generación?". Los evangelios (Mt. 11, 16 y Lc. 7, 31) recogen esta pregunta de Jesús, mientras que, en otras ocasiones, se insinúa un **juicio a la generación** como tal (Mc. 8, 12; Lc. 12, 39; Mt. 16, 4). Puede interpretarse que hay un enjuiciamiento al conjunto de una generación, del que cada uno es solidario. Ciertamente, cada generación aporta lo suyo, con sus avances y estilo peculiar, pero también tiene sus condicionamientos, límites y errores. Muchos de los logros alcanzados los damos sencillamente por supuestos y, en este sentido, no parece cierto que ésta sea una época o una sociedad "sin valores". ¿De dónde si no el rechazo generalizado a la guerra y la violencia, la defensa de los derechos humanos, la indignación ante todo tipo de discriminación, la protección de los niños, ancianos e indefensos, la sensibilidad ecológica, el respeto por la democracia, la solidaridad con los más empobrecidos...? Ahora bien, cada generación tiene también sus condicionamientos que le impiden advertir las nuevas sensibilidades y orientaciones emergentes. ¿Cuáles son las limitaciones morales, por ejemplo, de nuestras generaciones actuales, que no alcanzamos a advertir, es decir, que se nos escapan, en virtud de nuestra inmersión en una cultura generacional determinada, y que las futuras generaciones nos reprocharán? ¿Será la indiferencia con que tratamos el problema del hambre en el mundo? ¿El irreparable deterioro medioambiental del planeta? ¿La pasividad con la que asistimos a la frivolidad del aborto? ¿La incomprensión hacia las personas homosexuales?... Las generaciones anteriores también han vivido inmersas en opiniones y comportamientos que a nosotros hoy nos parecen totalmente reprochables. ¡Estamos inmersos en el peregrinaje humano de la formación de la conciencia!

No obstante, también es cierto que en cada época ha habido personas -en expresión de fr. Eladio Chávarri- con una **sensibilidad abierta** para captar las demandas de mayor humanidad. La fe cristiana nos invita a construir cada

generación sobre la gran **humanidad de Dios en Jesucristo**. Por eso, hacemos nuestro el deseo del salmista: *“Para poder decirle a la próxima generación: Éste es el Señor nuestro Dios”* (Salmo 47), porque la fe en el Dios vivo es una base sólida para que cada generación alcance cotas de mayor calidad humana.

Es inevitable que de una generación a otra haya **cambios**. A veces no sólo hay el normal cambio de tonalidad del mundo, sino que con una nueva generación se produce un “cambio de mundo”. A menudo, alguno de la generación mayor presiente que las cosas van a cambiar de un modo importante. No hay que tener miedo ni sorprenderse. Es el aviso de que una nueva generación entra en escena. Interrelacionar con ella es un reto apasionante. Más apasionante aún si oteamos en ella un cambio de época. La Navidad nos recuerda que el Dios Niño nace también en ella, porque la encarnación no es sólo la venida de Dios a una determinada generación histórica, sino su participación en el proceso mismo de la historia de las generaciones.

A diario repetimos en el canto del **Magnificat**: *“su misericordia llega a sus fieles de generación en generación”*. Una misericordia derramada *“de generación en generación”* nos pone en situación de esperanza ante las generaciones futuras y nos despierta la confianza en el porvenir, que es, en definitiva, el futuro de Dios. Cada año, al celebrar la **Navidad**, contemplamos al Niño Dios, encarnándose de nuevo con su misericordia y siempre coetáneo de cada generación que viene al mundo. ¡Que la esperanza del Adviento y la revitalización de la Navidad acrecienten nuestra responsabilidad con las futuras generaciones de seres humanos, de cristianos y de frailes dominicos!

Madrid, 29 de Noviembre de 2009
Primer Domingo de Adviento

Fr. Javier Carballo O.P.
Prior Provincial